


colección

BFV ■ Biblioteca de la Filosofía Venidera

dirigida por  Fabián Ludueña Romandini

Diseño y composición: Gerardo Miño

Edición: Primera, Mayo de 2020

Lugar de composición: Suipacha, Pcia. de Buenos Aires

Lugar de impresión: Barcelona / Buenos Aires

Código Thema: QDTJ [Filosofía: metafísica y ontología]

ISBN: 978-84-18095-24-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2020, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores SL

colección

BFV ■ Biblioteca de la Filosofía Venidera

Esta colección quiere abarcar en su espíritu obras que, como quería Walter Benjamin, intenten reflejar no tanto a su autor sino más bien a la dinastía a la cual éstas pertenecen. Dinastías que otorguen los instrumentos para una filosofía por-venir donde el venidero no sea sólo una categoría de lo futuro sino que también abarque lo pasado, suspendiendo la concepción moderna del tiempo cronológico a favor de una impureza temporal en cuyo caudal pueda tener lugar la emergencia de un pensamiento inactual e intempestivo, capaz de mostrar la potencia filosófica oculta en todas las tradiciones del conocimiento. Filosofía, entonces, como el arte de la fabricación de nuevos conceptos, donde la novedad es siempre entendida tomando en cuenta su anacronismo fundamental y su perpetua inclinación a la polémica.

Héctor Ciocchini, *in memoriam*

BFV ■ Biblioteca de la Filosofía Venidera

FABIÁN LUDUEÑA ROMANDINI

Summa Cosmologiae
Breve tratado (político)
de inmortalidad

LA COMUNIDAD DE LOS ESPECTROS IV

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦



Página web: www.minoydavila.com

Facebook: <http://www.facebook.com/MinoyDavila>

Mail producción: produccion@minoydavila.com

Mail administración: info@minoydavila.com

Oficinas: Tacuarí 540

(C1071AAL), Buenos Aires, Argentina.

tel-fax: (54 11) 4331-1565

■ ■ ■
Índice

13	Prelusión
19	Advertencia
21	Umbrales
23	1. El nihilismo como destino mundial póstumo
29	2. Sinuosidades de la Ultra-Historia
33	A. PROPOSICIONES
51	B. COMENTARIO
53	1. Topología de la <i>nósis</i>
57	2. <i>Physis</i> y <i>nómos</i>
73	3. Consideraciones espectralógicas
77	4. Inmortalidad
107	5. Ultra-filosofía
115	6. <i>Sinecología</i> : la urdimbre de lo real
129	7. <i>Arcana numeri</i> : los principios metafísicos supremos
135	8. Cosmogénesis: el destino de la disyunción
149	9. <i>Voluptas Urania</i> : el cuerpo del fantasma, la locura y el destino de la metafísica
173	10. Ética
185	c. CODA
187	1. El juicio de Minerva
191	Envío
195	Bibliografía
217	Agradecimientos
219	Índice de nombres

“Die Tradition aller toten Geschlechter lastet wie ein Alp auf dem
Gehirne der Lebenden”.

KARL MARX, *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte*, 1960: 115.

■ ■ ■

“[...] remplacer le non-sens logique des hommes d’aujourd’hui
par le sans-sens illogique”.

JEAN ARP, *Jours effeuillés*, 1966: 312.

■ ■ ■

“O Mathématiques saintes, puissiez-vous, par votre commerce
perpétuel, consoler le reste de mes jours de la méchanceté de
l’homme et de l’injustice du Grand Tout!”.

COMTE DE LAUTRÉAMONT, *Les Chants de Maldoror*, II, 1973: 94.

■ ■ ■

“Il [...] faut un peu devancer son époque”

MARCEL PROUST, “La Mode”. In: *Le Mensuel*, 1^{er} année, n° 6, Mars 1891: 4.

■ ■ ■

“Si se extirpa en el hombre la creencia en su inmortalidad,
se secará en él enseguida no solo el amor, sino, además,
toda fuerza viva para continuar la existencia terrena”

DOSTOIEVSKI, *Bratia Karamázovi*, 2016: 92.

■ ■ ■

“Mortali che fate
Nel lezzo terreno?
Sorgete, e mirate
L’Olimpo sereno”

CIRO DI PERS, *Brevità della vita*, 1666.



Prelusión



§ I.

Este libro toma su curso a partir del destino epocal de los Póstumos que, en el presente, son los amos del mundo tras devastar el imperio humano. Se pueden argüir fechas tentativas para el ocaso de *Homo*: según lo que Friedrich Nietzsche había calificado como “el falso cómputo del tiempo (*der falschen Zeitrechnung*)” correspondería, exactamente, al 30 de septiembre de 1888 día en que el filósofo terminó la redacción de *El Anticristo* (NIETZSCHE, 1988a: 254). Un nuevo eón tuvo entonces su comienzo. Sin embargo, no fue el *Übermensch* lo que sobrevino sino la forma más despiadada de nihilismo que haya asolado la faz de la Tierra en cualquiera de sus ciclos históricos precedentes. La axiomática cosmológica es, asimismo y en grado primario, una respuesta a este dominio omnicompreensivo.

§ II.

Un hito de insondable espesor histórico nos es relatado por el historiador bizantino Nicetas Choniates, invaluable testigo, cuando refiere que, durante el saqueo de Constantinopla en el mes de abril del año 1204, los cruzados latinos se encontraron con el cadáver del emperador Justiniano (*tòn nekron loustinianoû tou Basiléos*) que había sobrevivido, incorrupto (*aparalúmanton*) por setecientos años fruto del aislamiento al que su tumba había sido escrupulosamente sometida (NICETAS CHONIATES, 1835: 855-856). Los cruzados forzaron y

dilapidaron el sepulcro sin dubitación alguna. Justiniano había decretado el oprobioso cierre de la última escuela de la filosofía antigua y, al mismo tiempo, había preservado el corpus jurídico romano bajo ropajes cristianos. En este punto, la Cuarta Cruzada diezmó con perfidia el esplendor bizantino y selló la ruina de la más refinada supervivencia que el mundo antiguo había podido conocer bajo una forma cristiana. La auténtica semilla del Mundo Moderno había sido plantada entonces aún si los efectos tardarían todavía algunos siglos más en tornarse tan visibles como ineluctables.

Así, durante los tiempos tenebrosos de la guerra de Esmalcalda se forjó, en torno al emperador Carlos V, una de sus tantas leyendas. Ante la tumba de Lutero, cuando le pidieron que hiciese arrojar a la hoguera los restos de su enemigo, el monarca habría respondido: “yo hago la guerra contra los vivos, no contra los muertos”. El tiempo presente, bajo la égida de los Póstumos, ha dejado atrás los últimos preceptos políticos de la Era Moderna; hoy en día, tiene lugar ante un mundo que no percibe la transformación ontológico-histórica en curso, una guerra feroz: los vivos han decidido combatir contra los muertos. Las imprevisibles consecuencias de tamaña conflagración decidirán sobre el carácter metafísico del eón que advendrá.

§ III.

La perentoriedad dialéctica de Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff le valió que, las más de las veces, los *demi-habiles* no tomaran sus juicios con la debida seriedad. Al despuntar el siglo XX, no le faltaba razón a Wilamowitz cuando estimaba que, gracias a sus exhortaciones críticas, Nietzsche había concluido por abandonar la filología académica en tanto ciencia (*Wissenschaft*). Con todo, la historia reservaría para Wilamowitz la amarga ironía de que, en tan sólo el transcurrir de algunas décadas, la *Wissenschaft* pasaría a ser considerada una desusada pieza de museo destinada a la demolición junto al entero edificio de las Humanidades que la filología había sabido fundar. Aun así, su ponderación oracular sobre

Nietzsche conservó toda la justeza de su drama, pues el filólogo era de la creencia según la cual el filósofo se había convertido en el profeta de un religión irreligiosa (*irreligiöse Religion*) y de una filosofía no filosófica (*unphilosophische Philosophie*). Un desplazamiento conceptual más y quizá habría podido decir que, con la figura de Nietzsche, tanto la religión como la filosofía habían encontrado la amenaza de su ocaso definitivo. La lucidez de Wilamowitz no vacila en atribuir estos hechos epocales al *daímon* (*Dämon*) que presidía la vida de Nietzsche y, cabe entonces deducir, una crono-demonología secretamente conspiraba contra el Espíritu de la Historia feneciente. Es materia conocida, concluye Wilamowitz, que Nietzsche blasfemó contra Sócrates y el cristianismo. Sólo resta apreciar, pensaba entonces el filólogo, si el futuro (*Zukunft*) le dará la victoria (*Sieg*) que el filósofo había predicho para sí mismo (WILAMOWITZ-MOELLEN-DORF, 1928: 130). La batalla se libró y la Historia se estremeció cuando los daímones destronaron al Espíritu. Los Póstumos triunfaron y, en cierta forma, tanto Nietzsche como Wilamowitz vieron sus esperanzas frustradas. La hora parece estar madura para adentrarse en el inframundo que ha surgido en lugar del irremediamente perdido ecosistema geodésico de *Homo* y trazar la geografía del Cosmos que se avizora en medio de la desolación.

Advertencia

§ IV.

Vivimos en una época en la que las temáticas filosóficas que este libro aborda suelen ser recibidas con tonos celebratorios. El hecho resulta comprensible si pensamos que el credo de los Póstumos se fundamenta, precisamente, en la loa del irrefrenable cuanto temerario eón que está naciendo, impertérrito. Con todo, la actitud de quienes temen el nuevo advenimiento en curso reduce la problemática filosófica a modos circunstanciales de dominación o ejercicio del así llamado poder. Ninguna de las dos perspectivas es la que adoptaremos en este estudio filosófico. Nuestro propósito consiste en el examen de la nueva *episteme* en curso a escala planetaria y, si fuera posible, la propuesta de una forma de post-metafísica. El escrutinio imparcial de los hechos no quita, ciertamente, la posibilidad de valorarlos, como el lector atento podrá descubrir. Conviene, en este punto, recordar las palabras de un historiador del Barroco quien sostenía que la misión, y por ende la libertad del historiador, consiste en “referir fielmente tanto el mal como el bien, las virtudes y los vicios, si quiere como es necesario satisfacer el deber de escritor honorable (*debito d'onorato scrittore*) y cumplir en todas sus partes aquella regla de Tulio: *ne quid veri non audeat*” (MASCARDI, *Dell'arte historica*, II, 6; 1859: 127). Nuestra tarea no es la del historiador sino la del filósofo, pero la ética es la misma. Ante los tonos de encantamiento bienhechor que los Póstumos proceden a difuminar en la atmósfera del tiempo post-humano, resulta oportuno

señalar los males que también se avecinan en el torrente del orden biotécnico pues, como señala la fuente de Mascardi, el filósofo Marco Tulio Cicerón, en lo que a estas materias atañe, es grave decir algo falso pero más deplorable aun es no decir algo verdadero (CICERÓN, *De Oratore*, II, 15).



Umbrales



El nihilismo como destino mundial póstumo



§ v.

La Gran Duda no es, como suele pregonarse, un residuo de la geología conceptual de la secularización moderna sino, al contrario, un signo que remite a un archi-evento de *Homo*, vale decir, a la confrontación antropotecnológica con el lenguaje ante la insinuación del advenimiento del *Outside*. El *nihil* es co-originario del acontecer de lo Invisible: su doble metafísico. Cuando *Homo*, con vacilación, quiso entrever lo no visible, el *nihil* entró como escisión complementaria desde el comienzo. El decurso de los milenios del habitar humano sobre la Tierra no ha hecho sino aumentar, progresivamente, la potencia y los múltiples rostros del *nihil*. Con el final de la era de *Homo*, los Póstumos se sacrifican ante el altar vacío del *nihil* que amenaza, precisamente, con absorber la existencia misma del Ser. De esta forma, la Extinción es la contrafigura de la presencia de lo Invisible que, en el eón presente, reclama la conquista de la existencia.

De la antigua prosapia de la Gran Duda los testimonios son elocuentes. Baste considerar la civilización hierática por excelencia que ha hecho de la inmortalidad y de los dioses la quintaesencia del Nudo del Mundo: la rama egipcia de las figuras históricas de *Homo*. Llevemos nuestra atención sobre un texto extraño, perturbador y osado para su propio tiempo del cual existen dos versiones. Por un lado, una incompleta, inscripta en una tumba de Paatenemheb en Saqqara y que ahora se encuentra en el Museo de Antigüedades de

Leiden. Su datación remonta al reino de Amenhotep IV, más tarde conocido como Akhenatón (1353-1336 a.C.). Se la presume, con toda verosimilitud, la canción de un arpista ciego egipcio, probablemente tañida durante un banquete funerario.

Por otro lado, una versión completa resulta de una copia preservada en el papiro *Harris 500* (datable hacia el 1292-1075 a.C.) resguardado en el Museo Británico. Los especialistas han concluido que la lengua corresponde al egipcio clásico medio y que la explícita atribución, dada por la canción, a la tumba del rey Intef permite, con toda justicia, situar su origen histórico un milenio antes.

La canción, de inusitada belleza, transmite con crudeza su propósito cuando recuerda que, ante los incrédulos mortales, “transcurre una generación mientras que otra toma su puesto” y que “los dioses del pasado descansan en sus tumbas”. Se nos hace saber que, para entonces, sólo quedan ruinas de las remotas y otrora venerables palabras de Imhotep y Hordedef. Ante el panorama, el arpista recomienda a quien lo escucha: “ve detrás de tu corazón y tu felicidad” y “mientras estés en este mundo sigue los dictados de tu corazón”. Finalmente, con resignación constata el arpista en relación con Osiris, “Aquel de corazón cansino no escucha los lamentos y los lamentos a nadie hacen volver del inframundo” (LICHTHEIM, 1973: 196-197). La civilización que había hecho, precisamente, de la inmortalidad la piedra basal de su teología política dejó inscripta, en la piedra y en el papiro pero, sobre todo, en la memoria futura de los hombres, la Gran Duda, la posibilidad de que la muerte no fuera otra cosa que el acceso al *nihil* y la evacuación definitiva de cualquier territorio de lo Invisible.

§ VI.

Del párrafo anterior pueden inferirse nuestros puntos de acuerdo y desacuerdo con el pensamiento del gran filósofo Germán Prósperi, quien ha polemizado con nuestra concepción acerca de los Póstumos (PRÓSPERI, 2019: 221, n. 227). Al igual que el filósofo argentino, ciertamente creemos que la metafísica ha sido vehí-

culo de una tendencia que llevaría a su propia aniquilación. Esto no quiere decir, sin embargo, que estimemos que el hombre haya sido originariamente Póstumo, o que su nacimiento haya coincidido con su deceso. El diagnóstico tanato-metafísico de Prósperi oblitera, a nuestro juicio, la historicidad propia de la metafísica. La filosofía no ha sido aborto, muerte y sepultura desde su alba misma. Sus figuras históricas implicaron mutaciones sin precedentes, pocas pero decisivas. La más importante de ellas, quizá, fue la que decidió la reciente extinción de *Homo* como figura histórica y el consecuente advenimiento de los Póstumos. En otras palabras, sopesamos de modo distinto al de Prósperi la historicidad de la metafísica pues, para nosotros, el heteromorfismo histórico es un dato insoslayable. No existe sinonimia alguna entre *Homo* y los Póstumos; por esa razón, estos últimos son una auténtica novedad en la historia del Ser y los encarnizados sepultureros metafísicos, civilizacionales y políticos de *Homo*. Tanto los acuerdos como las divergencias ponen de manifiesto las diferencias de métodos y propósitos, en este caso puntual lo que cabría denominar una teoría del corte, entre la subontología de Prósperi y la disyuntología propugnada en este escrito.

§ VII.

A principios del siglo XX, Franz Kafka propuso una elíptica definición de *Homo* como aquel que no puede vivir sin depositar su confianza en “lo indestructible (*das Unzerstörbare*)” (KAFKA, 2006: 50). Los más refinados exégetas han identificado este concepto con alguna forma de lo divino que no se corresponde ni con lo teológico ni con lo agnóstico (HOFFMANN, 1975). Querríamos postular que, en el lenguaje de Kafka, lo indestructible es una de las declinaciones de lo Invisible. Admitida esta posibilidad, lo propio debe hacerse con su corolario: habiéndose liquidado el acceso a lo indestructible o habiéndose destruido para los seres vivientes su tacto de lo Invisible, *Homo* ha fenecido junto con su más inaprehensible rasgo definitorio y, por tanto, ha cedido su lugar histórico a los Póstumos.

En cierta forma ya lo había entrevisto, con gávilos proféticos, Heinrich Heine cuando versificó su duda sobre si el mundo debía ser considerado un “hospital (*Krankenhaus*)” o “un manicomio (*Tollhaus*)” (HEINE, 2009: 534). El crepúsculo de los dioses no es más que la enunciación, en forma de mitologema, de la obliteración de lo Invisible que tornó posible el epinicio de los Póstumos. Sobre las sociedades modernas, se ha podido considerar que en ellas, gracias a la primacía del individualismo económico, las relaciones entre los hombres se hallan subordinadas, por principio, a las relaciones entre los hombres y las cosas. De este modo, el *homo aequalis*, indistinguiendo hecho y derecho, justicia y tiranía, público y privado, coadyuva al advenimiento de una nueva barbarie (DUMONT, vol. I, 1977: 23).

Con todo, el diagnóstico de Louis Dumont yerra en un punto capital: la nueva barbarie no es la albaquía última de la ideología moderna sino, al contrario, el sello distintivo de su colapso contemporáneo. El nuevo orden mundial en curso ya desconoce la figura misma del *homo aequalis* (aun si, en ciertas esferas, conserva vestigios de los antiguos semblantes), encarnación caduca del ya extinto *Homo* cuyo reino ha sido suplantado por el de los Póstumos donde, en efecto, todo ser viviente, sin excepción, es ontológicamente una cosa que puede y debe colocarse en un sistema de relaciones desprovisto de cualquier implicación subjetiva. De esta forma, no sorprende que el realismo, en sus diversas variantes metafísicopolíticas, pueda ser reivindicado como la vanguardia filosófica más propia del ciclo de los Póstumos. En congruencia, si para Rudolf Otto el fenómeno de lo divino (que en su caso deja manifiesta una identificación velada con formas diversas de la teología política) se presenta bajo los aspectos del “*mysterium*”, lo “*tremendum*”, la “*majestas*”, lo “*augustum*”, lo “*energicum*” y lo “*fascinans*” (OTTO, 2004: 54), cabe reconocer entonces la evidencia de que estos nombres ya no poseen ninguna pregnancia política. La completa forclusión de los Póstumos respecto del reino de lo Invisible (que bajo ninguna circunstancia debe identificarse únicamente con lo que

otrora se denominaba lo divino en su más amplia acepción) señala no ya la emergencia de una nueva política sino más bien un cambio civilizacional irreversible donde lo político es sólo el último resto arqueológico, ya en franca retirada, del postrero mundo de *Homo*.

§ VIII.

Pasados los eones, en el tiempo del ocaso de *Homo*, al despuntar el alba aterida de los Póstumos, la filosofía, exangüe, declaraba que “no existe ninguna razón para suponer que ya sea la mente ya sea la materia puedan ser inmortales” (RUSSELL, 1935: 229). La condición de posibilidad de semejante enunciado se ha tornado eficiente precisamente por el hecho de que, en el presente, el Inframundo coincide con la totalidad del orbe habitado: el reino ctónico ha ascendido a la superficie del globo y se ha erigido en la atmósfera existencial que une todo cuanto se sostiene en el Ser. Lejos de constituir un equilibrio con el mundo otrora denominado espiritual, la “era de la igualación (*Weltalter des Ausgleichs*)” (SCHELER, 1976: 145-170) ha traído consigo la completa supresión de lo inmaterial.

Frente a la potencia devoradora del *nihil* a la que los Póstumos rinden incesante culto, la filosofía debe recobrar la memoria espectral de la escisión primigenia y volver a interrogarse, con el vesánico coraje que le dio nacimiento, por fuera de cualquier dogmatismo teológico o ilusión mesiánica, acerca del enigma conocido como inmortalidad.

Sinuosidades de la Ultra-Historia



§ IX.

Sicilia, durante el decimoquinto año del imperio de Galieno

Porfirio refiere que su maestro Plotino finalmente le envía otro de esos tan ansiados escritos: esta vez, su tratado sobre el Amor (*Enéada* III, 5). A pesar de las finas articulaciones argumentales de Plotino, le resulta imposible al maestro filósofo ocultar lo decepcionante del cuadro general. Es innegable: el Amor difusivo del Uno permite el sutil desenvolvimiento de la totalidad del sistema hipostásico. En cierta forma, el Cosmos descansa en los efluvios del Amor. No obstante, en los márgenes de la belleza impertérrita de los cielos, deambula Eros, hijo de Poros y Penía, un *daímon* mixto que atiza en *Homo* nada menos que el deseo. Que el nombre prohibido, deseo, deba ser pronunciado ya es un síntoma del ineluctable ocaso de la metafísica que advendrá con el correr de los siglos. Su existencia marca la imposibilidad de eliminar la *harmartía*, el acto torpe, el yerro en el Ser (PLOTINO, *Enéadas*, III, 5, 1, 10-15). Conviene entonces, propondrá Plotino, redirigir el deseo hacia el objeto conocido como Bien, vale decir, despojarlo de cualquier interés erótico y mostrarle a los amantes la vía del Amor por los incorporales (*Enéadas*, I, 3, 2, 5-10) mediante una gimnástica de la virtud y, de ser posible, una atlética de la castidad. Ese desesperado optimismo impregna la magna obra de Plotino y a su causa su vida entera entregó.

§ X.

Alejandro, en algún momento del siglo IV y, después, al despuntar el siglo V

Hipatia, hija de Teón el geómetra, impartía sus clases con el acervo neoplatónico pitagorizante que la caracterizaba como una de las filósofas más importantes de todos los tiempos. La autosuficiencia no le era ajena. Empero, un día se vería sorprendida cuando uno de sus discípulos le declaró un amor incurable hacia ella. El impacto no tardó en dar lugar al proceder acerbo y, según refiere el léxico *Suida*, le mostró al joven, sin la pudicia que tanto pregona-ba Plotino, sus propias telas menstruales femeninas (*tôn gynaikeíon rakôn*) señalándole que nada bello se podía encontrar en ellas. No se refería Hipatia a una ninguna condición inferior de la mujer sino, con toda probabilidad, a la imperfección de la materia. Aun así, la respuesta de la filósofa al gesto de su discípulo hizo tambalear, así sólo haya sido durante un instante no por ello menos decisivo, el edificio entero de la metafísica. Hipatia, al colocar en el primer plano de la *paideia* la menstruación femenina, le dio ciudadanía filosófica definitiva a la diferencia sexual. Probablemente haya intuido que la diferencia sexual ponía en entredicho al Uno y que los cuerpos mostraban la disyunción en el Ser. La diferencia sexual ponía en cuestión, *a priori*, cualquier futura diferencia ontológica que buscara la sutura de la armonía cósmica del retorno al Principio. Nada más sabemos de ese momento de súbito fervor y perplejidad de Hipatia y a lo que podría haber conducido si acaso hubiera querido la filósofa reflexionar detenidamente sobre su propio proceder. Los cristianos seguidores de Cirilo, arzobispo de Alejandría celoso del saber y la influencia política de Hipatia, la torturaron, la desmembraron y la quemaron en el lugar conocido como Cinaron (SÓCRATES ESCOLÁSTICO, *Historia eclesiástica*, VII, 15).

§ XI.

Dublín, 27 de octubre de 1927

En este día, William Butler Yeats no podía prever la publicación, en 1933, de su *The Winding Stairs and Other Poems*, libro que contie-

ne un poema dedicado a un oráculo délfico sobre Plotino. El motivo oracular y el contenido del poema derivan, sin duda, de un pasaje de la *Vida de Plotino* de Porfirio donde se narra la llegada de Plotino a la tierra de los Bienaventurados (PORFIRIO, *Vita Plotini*, 22, 20-40). En el poema de Yeats, los jueces Radamante y Minos, así como el maestro Platón, observan a Plotino al tiempo que lo aguardan el “majestuoso Pitágoras (*stately Pythagoras*)” así como “el coro del Amor (*the choir of Love*)” (YEATS, 1996: 269). Los siglos transcurrieron voraces y la ilusión del Uno y la fuerza del Amor como redención cósmica perduraron con tenacidad hasta el último aliento de la metafísica. Sin embargo, Yeats se guardó para sí la verdadera conclusión, sólo expresada en una carta de aquel incongruo año 1927: “[mi] propio humor entre la excitación espiritual (*spiritual excitement*) y la tortura sexual (*sexual torture*) y el conocimiento de que son de algún modo inseparables” (ELLMANN, 1979: 264). Todos los cuidados de las duplicidades metafísicas de lo sensible y lo inteligible, lo corporal y lo incorporeal, la teoría y la praxis, no son meramente disueltas por la declaración de Yeats. Al contrario, la proposición produce algo mucho más socavador que es la convergencia no dialéctica de los opuestos en una tensión disyuntiva. Si la excitación espiritual y la tortura sexual son inseparables, se puede extraer el corolario de que la secreta razón de ese hecho obedece a un principio de sinonimia que gobierna las antinomias. Yeats no toma el irenaico camino deconstructivo de una desactivación de las polaridades: los opuestos, lejos de desobrararse, se implican entre sí para revelar que la Mismidad y la Diferencia jamás fueron antónimas. El falso abismo que las separaba sólo estaba destinado a mejor ocultar la disyunción subyacente al Ser. Con todo, el giro ultramoderno de Yeats no debe pasar inadvertido. Su pensamiento extrae las conclusiones de los siglos: lo sexual (que no es equivalente a la sexualidad) es una tortura para *Homo*. En otras palabras, señala con toda acuidad, el camino por el cual Eros fue secretamente poseído, sin beneficio de inventario, por el nihilismo reinante en el nuevo orden mundial.

Se ha sostenido que, respecto de Silicon Valley, la designación geográfica es una metonimia de quienes detentan la capacidad de reconfigurar definitivamente la civilización de los Póstumos. El “silicio”, de hecho, contiene la promesa de liberar la noción de vida de su sustrato en el carbono. Ya no se puede hablar de una política de la vida cuando este último concepto carece por completo de la significación, por demás ambigua, que la tradición metafísica le había asignado hasta hoy. En un valle ascético, otrora imaginado por algunos como “un refugio de revolucionarios anarquistas” (BARICCO, 2018: 106) se concentra, por ahora, el núcleo del poder mundial. Quizá los desarrollos tecnológicos de China, según otros, puedan tomar el relevo en poco tiempo pues, a decir de los paladines del Nuevo Orden, del otro lado del Pacífico, los emprendedores de Silicon Valley lucen “holgazanes (*sluggish*)” frente a sus homólogos chinos (LEE, 2018: 15) en términos de ferocidad tecno-mercantil. En la era de *Homo*, un lugar como Saint-Germain des-Près, donde Bernard de Montfaucon publicó en 1708 su legendaria *Paleographia graeca* podía aparecer como el Nudo del Mundo. En el eón de los Póstumos, las Humanidades son la ruina arqueológica de una era extinta. La épica bizantina se propuso recordar, en sus tempranos tiempos medievales, que “Alejandro de Macedonia, brioso en su temple, / con la ayuda de Dios llegó a ser dueño del mundo” opacando, según se pretendía, las falsas glorias de Homero, Aquiles o Héctor (*Digenís Akritas*, IV, 27-29 in MARTÍNEZ GARCÍA, 2003: 111). El mundo-Uno de Alejandro descansaba todavía sobre la letra filológica y resultó compatible, como la historia lo ha demostrado, con la teología del Libro. Los Póstumos han socavado esos cimientos para centrar el orbe sobre la teología del Algoritmo. Alejandro, en consecuencia, también ha sido olvidado y su ideario pulverizado junto con la Era de *Homo*. La *terra incognita* que se abre bajo nuestros pies reclama entonces su eco post-metafísico.

■ A ■

PROPOSICIONES



Vista parcial del contenido del libro.

Para obtener el libro completo en formato electrónico puede adquirirlo en:

www.amazon.com
www.bibliotechnia.com
www.bajalibros.com
www.e-libro.net

MIÑO y DÁVILA
♦ EDITORES ♦